



## El tiempo del Apocalipsis Vida de Joaquín de Fiore

Gian Luca Potestà



EDITORIAL TROTTA

La vida y obra del abad cisterciense del siglo XII Joaquín de Fiore es presentada en este volumen con un detalle y precisión que servirá para enriquecer y fundamentar los futuros trabajos de los muchos estudiosos de sus doctrinas. La tarea de Gian Luca Potestà no está cerrada: trabaja en ella la Comisión internacional que se ocupa de editar la obra de este monje que ha tenido una importancia sustantiva en la manera de entender la historia y las relaciones entre la teología, la política y la historia. Estamos todavía a la espera de conocer completos unos textos originales que han tenido un recorrido de más de ocho siglos de influencia más allá del ámbito exclusivamente religioso. Así lo atestigua el interés reciente que su obra ha despertado en Voegelin o en Löwith; aunque, ya antes, sedujera también a Lessing y Tomás de Aquino, por mostrar algunos señalados casos que hablan bien de la amplitud de su ámbito de influencia.

Lo primero que inquietará al lector minucioso de esta biografía será la constatación de la inseparable relación entre vida y literatura que ha caracterizado a Occidente. La palabra —tal vez sólo el suspiro de la primera letra— fue dicha una vez, pero ha alimentado gran parte de las sucesivas generaciones que han poblado nuestro mundo durante casi treinta siglos. Que el hombre haya decidido que el saber se transmite también por medio de la acumulación de textos de diversa procedencia, permite ahora a Potestà tirar del hilo que explique por qué un monje vi-

vió la experiencia de la Revelación conectándola, de nuevo, con el curso de los acontecimientos políticos de su tiempo; más todavía, proyectándola hacia el futuro para buscar el sentido de la posible existencia histórica del hombre.

Joaquín de Fiore vivió desde 1135 hasta el año 1202; fue un estudioso de los textos bíblicos con reconocimiento tanto del clero como del poder temporal; su interés por el estudio y la reforma de la Orden del Císter le llevó a hacerse monje y a polemizar con Bernardo de Claraval; vivió la época convulsa de los Papados de Alejandro III y de Inocencio III; también los conflictos del Imperio —tanto con otros poderes temporales como con el propio Papado— en época del Emperador Federico Barbarroja y Enrique IV; pudo exponer sus doctrinas acerca del Apocalipsis a Ricardo Corazón de León y a otros grandes de la época; asistió al ocaso del reino normando de Sicilia, a la caída de Jerusalén en 1187 en manos de los musulmanes y a los frentes que se iban abriendo por medio de las herejías cátara y valdense; pese a todo, eligió morir no sólo como un monje, sino como un eremita convencido de que una nueva era de la historia había entrado en liza.

La aportación principal de Joaquín de Fiore fue su concepción ternaria de la historia: a) existe un *ordo* de los cónyuges y del Antiguo Testamento, que se corresponde con la época del Padre, bajo la ley de la naturaleza y la ley escrita —conforma el *primer status*: desde Adán hasta Cristo—; b) luego viene el *ordo* de los clérigos y el Nuevo Testamento, que es la época del Hijo bajo la Gracia —*segundo status*: desde el rey Ozías, pasando por Jesús, hasta el propio

GIAN LUCA POTESTÀ, *El tiempo del Apocalipsis. Vida de Joaquín de Fiore*, traducción de David Buixera, Trotta, Madrid, 2010, 456 pp. ISBN 978-84-9879-008-5. (*Il tempo dell'Apocalisse. Vita de Gioacchino da Fiore*, 2004).



Joaquín de Fiore—; y c) el *ordo* de los monjes, correspondiente a la interpretación espiritual del Antiguo y Nuevo Testamento, época del Espíritu bajo una Gracia más plena —*tercer status*, que se entiende como la continuación de la forma de vida monacal inaugurada por San Benito y su Regla, y que se manifestará plenamente en la cuadragésimo segunda generación a partir de Cristo—. Fiore estaba convencido de que vivía el comienzo de este *tercer status*, que es el que revoluciona por completo el sentido tradicional del pensamiento cristiano porque traslada a la vida histórica del hombre lo que hasta entonces se consideraba que sería ya parte de la vida divina en el más allá.

La más interesante aportación del trabajo de Potestà consiste en profundizar en el camino ya iniciado por otros intérpretes —Reeves y Hirsch-Reich—, que habían percibido en la obra de Fiore la existencia también de un modelo binario, más tradicional, que estaría marcado por las bipolaridades entre el Antiguo y el Nuevo Testamento; la antigua y moderna Jerusalén; la Tribu de Judá y la Iglesia, etc. La tercera era de la espiritualidad —esa era histórica que tendría que darse en vida terrenal según Fiore— vendría a suponer entonces el prelado del modelo místico en el que tendría lugar la reconciliación definitiva del pueblo de Israel, tantos años separado por las batallas judeo-cristianas. Ese tiempo futuro y monástico sería el tiempo de la perfección, tendría lugar en la tierra y supondría la consolidación del ideal trascendental cristiano en el que las dos leyes cobrarían su pleno sentido.

En este punto entra en juego la relevancia del libro del *Apocalipsis* en la doctrina joaquinita. En el siglo XII se estaba recuperando la doctrina milenarista abandonada por influencia de San Benito. La clave de dicha doctrina proviene del capítulo veinte del *Apocalipsis*: Satanás habría permanecido encadenado durante mil años en los que la tierra estaría disfrutando una era sabática. Era evidente que tras ello empezaría la nueva era, la definitiva. La interpretación de Fiore permitía entender el desarrollo de esa era final dentro del tiempo terrenal y, por tanto, que se constituyese por primera vez una interpretación progresiva de la historia. La nueva llegada de Cristo ya no supondría la culminación de los tiempos y el declive del mundo terrenal; la historia estaría pendiente de avanzar; que lo hiciera luego a la manera en que Fiore predecía —cosa que los hechos se encargaron de negar— terminó resultando una cuestión secundaria para sus seguidores. Lo incuestionable resultó ser que una doctrina había tomado cuerpo para que futuras generaciones la utilizaran como patrón de interpretación de la realidad.

En este punto son destacables dos cosas. Por un lado, las últimas páginas de Potestà, que nos muestran el esfuerzo de un hombre que empezaba a ver cómo sus predicciones no se cumplían, por lo que se vio obligado a rescribir una y otra vez el trazado de las distintas genealogías bíblicas —basándose en el número 150 que se corresponde con el número de Salmos— en busca de una datación que corroborase sus tesis. Hay que decir que Fiore vivió dos años más que el siglo XII, cuyo final consideraba coincidente con el comienzo de esa nueva era que no llegaba. Es decir, estas páginas se pueden leer como la lucha dramática de un hombre por no resignarse ante el posible fracaso de sus tesis. Irradian grandeza: Potestà, elocuente, encabeza su texto con palabras de Merleu-Ponty: “*nunca vibra tanto tiempo el acento de verdad como cuando el autor interpela a su vida. Las filosofías del pasado perduran con sus verdades y sus locuras, como empresas totales, o no perduran en absoluto*”. Fiore murió luchando con su vida y con *Los Libros*, trazando genealogías y buscando sentidos.

La otra cuestión tiene que ver con la herencia de Fiore como clave de interpretación o estrategia de sentido para la historia; cuestión que resulta esencial para entender su importancia en nuestro siglo por medio de los estudios de Voegelin, Löwith y Taubes entre



otros. De Lubac ha trabajado detalladamente sobre la cuestión y, más allá del pensamiento contemporáneo, con una erudición que merece resaltarse. La influencia de este nuevo camino se debe a que permitió la recuperación de las doctrinas del milenarismo. Por eso Potestà concluye que a Fiore lo que más le interesaba era la inminencia de una nueva edad, más allá de acertar a la hora de concretar sus notas. Ello le permite referirse a ese *tercer status* como la llegada del tiempo del Espíritu en contraposición al tiempo de las instituciones eclesiásticas, que estaría en plena decadencia y a punto de acabar. Ésta es la otra clave de lectura de este voluminoso texto: la mayor aportación de Fiore hoy sería, para el autor, la subversiva recuperación del milenarismo apocalíptico con la intención de poner frente a frente dos realidades: la fe —entendida en el sentido escatológico cristiano tradicional— y el surgimiento de una nueva forma histórica de entender la espiritualidad de carácter opuesto a una organización jerárquica. De esta manera los fallidos años finales del monje estarían más que justificados.

Se puede decir, así, que hay una relación entre la parábola apocalíptica de Fiore y la teología política. Potestà incide especialmente en ello. Las distintas obras del monje se fueron escribiendo y reelaborando continuamente. Las dos más importantes fueron la *Espositio in Apocalypsim* y la *Concordia*. Esta última completa las correspondencias entre la antigua y la nueva ley, resaltando las equivalencias con absoluta precisión. De esta forma cada uno de los respectivos *ordos*, cada sucesiva guerra, cada persona y acontecimiento relevante, se mira en el espejo formando un todo pleno de sentido: por ejemplo, Abrahán y Zacarías, Sara e Isabel, Isaac y Juan el Bautista, Jacob y Jesucristo, los doce patriarcas y los apóstoles... El sentido *alegórico* de la concordia entre los distintos hechos y personas queda transformado en un sentido *tipológico* de naturaleza puramente histórica. Por ello, el trabajo de Joaquín de Fiore puede verse no sólo como un procedimiento de interpretación de la historia, sino también —y en esto reside su influencia más polémica— como el desvelamiento del ritmo histórico que Dios mismo fijara entre hechos y fases concretas de la historia. Se abre así la posibilidad de una visión inmanente del sentido y del fluir mismo de la historia: su acaecer ocurriría dentro de un armazón cerrado que, para Fiore, será la *concordia*. Para algunos de sus seguidores no será, sin embargo, más que una nueva forma de entender el espacio y el tiempo.

Así interpretado, Fiore reconocería un espacio nuevo para que los laicos puedan lograr su propia salvación. En este punto es en el que Potestà parece encontrar más dificultades en su argumentación. Se siente incómodo porque no puede pasar por alto la relevancia esencial y *revelada* del carácter monástico del *tercer status*. Como se dijo, ese *tercer status* es el tiempo de la vida espiritual por excelencia, pero a la vez el que está dirigido por el modelo de vida monacal que ejemplarizó Benito de Nursia siguiendo el modelo de vida de los Padres del Desierto —que no hay que olvidar que huían de la corrupción que es propia en la vida de la polis—. Potestà intenta explicarse. Habla así de una “*monastización tendencial*” en Fiore. ¿Cómo resuelve el nudo al que ha llegado? Aporta dos tesis de distinta consistencia: a) la esperanza de la salvación, que es terrenal y que se ha liberado ya de la nueva llegada del Mesías, hace referencia a la vida monástica —eso no se discute—. Ahora bien, lo hace por medio de una llamada a ser *monje en el corazón*, lo que podría denominarse como una *secularización* por la vía de un *piadoso monacato interior*; b) en tiempos de Fiore se había producido ya el nacimiento de San Francisco de Asís, por lo que Potestà —apoyándose en el criterio de H. Mottu— considera que Fiore era “*sociológicamente un retrógrado*” en su época; otra cosa sería su consideración como teólogo de la historia, aspecto en el que se produciría la paradójica y verdadera innovación: su conservadora propuesta de los tres órdenes de la historia —anudada al carácter



binario de una *concordia* plena expresada por la antigua y la nueva ley— habría permitido, sin embargo, interpretar la vida del hombre como la acumulación de sus libres decisiones ya en la plenitud de los tiempos, o como el carácter progresivo de la historia.

*Antonio Ferrer*